



La Loli sorprendió a la tía viuda de las Vinuesa perdón, era al revés pero las del Nuestra Señora Santa María nunca hacemos tachones cuando estaba sentada frente al tocador poniéndose la gargantilla con el camafeo ribeteado de brillantitos.

A los noventa y cuatro años estaba muy bien – aunque no era viuda y además había sido hija única, pero si la llamábamos de cualquier otro modo siempre había alguien que se hacía un lío y “¿y esa quién es que no caigo?”; se advirtió, por tanto, a las de Churruca de que siempre que la nombrásemos así debían entender que era su tía, la hermana mayor de su difunto padre –, con la cabeza muy en su sitio y la costumbre desde hacía por lo menos treinta y cuatro de ir todos los miércoles por la tarde tanto en invierno como en primavera o en otoño (porque los veranos los pasaba en Saint-Tropez aun a pesar de haberle rogado que se quedase en Cercedilla, mucho más fácil y tan cerca; pero se negó como tenía un temperamento tan especial) a jugar a la canasta con sus amigas.

Aquel día, ya porque no fuese miércoles ya porque faltasen